

hay para qué tratallo ni decir quién soy, respondo, que yo por agora no puedo casar, porque ando siete años ha en una demanda, por respeto de la cual yo no puedo tener reposo ni ningún sosiego. Vuestra alteza mandó pregonar, que quien venciese estos torneos casase con la señora Felesinda, con las condiciones que puso, y que no queriendo casarse, que escogiese un caballero cual á él le pareciese, lo cual yo podré muy bien hacer, porque en esta vuestra corte hay tales y tantos que no podrá faltar quien merezca á la señora Felesinda; porque lo que faltare en valor (lo cual yo no creo) suplirá con la voluntad que de servilla tendrá. Aquí está el señor Arminador de Candia y el señor Belirifonte de Atenas, caballeros (á lo que yo oigo decir y en sus cosas he visto) de gran estima y precio: yo me informaré, y, siendo vuestra alteza servido y la señora Felesinda contenta, escogeré de los dos cual mejor me pareciere, aunque entrambos son tales que en gran trabajo me veré si á mi duda no fuere socorrido con la voluntad de la señora Felesinda, la cual quiero que sepa que por los dioses inmortales que yo no puedo por agora casar; porque á poder, ninguna otra (siendo ella servida) fuera ni mujer; y con esto no dijo mas.

Y el rey quedó muy espantado de oír aquella respuesta, y no dejó de sentillo, aunque lo disimuló, lo cual no pudo hacer Felesinda, porque quedó tal como si le hubiesen trespasado el corazón con un agudo puñal. Estrellinda quedó contenta, pero con gran pena por oír á Felesindos que andaba en tal demanda que no se podía casar. Arminador y Belirifonte quedaron alegres, pero muy dudosos por no saber á cuál de ellos Felesindos querría escoger. Pero si no aconteciera lo que adelante diré, yo los quitara aquella duda, porque hiciera con Felesindos que escogiera á Belirifonte de Atenas, por él lo merecer, y por la gran deuda en que yo era á sus padres, por las obras que en la ínsula de la Vida dellos había recibido; porque, fuera de la gran deuda en que soy á aquel gran señor de Egipto, porque esta es la mayor que yo tengo ni pienso tener, soy en gran obligación á todos los de la ínsula de la Vida. Pasadas todas estas cosas, el rey no se determinó allí con propósito de hablar aparte á Felesindos; y así, después de algunas razones, se acabó aquella plática con quedar ordenado que otro día se entrase en el castillo del Remedio de amor, el cual había bien menester la hermosa y linda Felesinda, que tan descuidadamente había comenzado de amar, y esto sanamente con pensar de casarse con él, y no considerando que debajo de aquel sano amor estaba una pestilencia, que entrando por las venas había de matar súptamente. No había considerado la pobre doncella mas que el bien que de amar á Felesindos le vendría, contando los bienes y partes que en él había, y no acordándose del mal que se le podría seguir. Del cual, si ella y todas las mas hubieran hablado conmigo, pudiera bien avisar; porque no sé yo quién (entre todos los humanos) sea de tan duro ánimo que, sabiendo mi mal, no dé la vuelta luego; y quién tan ciego que, sabiendo mis tormentos y las penas que pasé por Clareo, no se avise, y queriendo porfiar no muera y pene por su misma culpa. Pero como los que comienzan de amar hallan la puerta abierta, y blandamente son recibidos y fácilmente se entran y al amor entregan, no miran nada; pero después, al salir, la puerta se cierra y todos los remedios faltan, así como á Felesinda le aconteció. La cual, viendo la respuesta que al rey su padre Felesindos había dado, en vivas llamas se ardia, y con grandes suspiros se quejaba, diciendo: « ¡oh sin ventura Felesinda! ¿Qué es de tí y de tu libertad, y de dónde te ha nacido esta nueva pena? ¡Oh, maldita fué esta mi contienda, y maldita la orden de mi padre, y malditos estos torneos, pues todo ha sido causa de mi triste muerte! ¡Oh Felesindos, y qué mala y triste fué para mí tu venida en esta tierra, y cuán presto me has

desengañado de mis pensamientos, dejándome tan sin esperanza que con ninguna cosa me puedo esforzar ni esperar en esta fortuna ninguna bonanza! En estas tristes lamentaciones estaba la triste doncella, no siendo menores las de su tía, ni menores las de los dos competidores.

Venido el siguiente día, todos se juntaron en la sala del gran palacio para entrar en el castillo; y estando todos juntos, Felesindos por mandado del rey, con licencia de aquellas señoras, y yo con él, entramos en el castillo; y entrando, nos pareció estar en toda la gloria y descanso del mundo, pareciéndonos que todas las cosas que víamos nos convidaban á amar, y todas nos daban gran placer y contento. Había dentro de aquel castillo hermosas y ricas cuadras todas de oro y de rica pedrería ornadas, andábase paseando por ellas muchas damas, todas tan hermosas, que con su beldad escurecían á los claros rayos del sol, y á toda la hermosura del mundo, vestidas todas de diversas colores, unas de blanco, otras de morado, otras de verde, otras de colorado, y otras de brocado, y así de otras muchas colores. Traían todas hermosas guirnaldas entretejidas en ellas los nombres de cada una. Pero como fuesen tantas no se pudieron comprender todos sus nombres, y era hermosa cosa de ver aquella tan agraciada compañía, y tantas damas juntas; y tan gran gloria se sentía en mirallas, que parecía que de ninguna cosa nos acordábase; porque ver tantos ojos claros, tantas blancas manos, tantos rojos cabellos, tantos grandes y agraciados cuerpos, era cosa digna de gran maravilla y de mucho contento á los que las miraban; y así parecía que estábamos allí tan embebecidos, que por poco nos tornáramos en alguna nueva forma ó figura. Cantábase tan dulce y suavemente entre estas damas que parecía allí estar junto todo el descanso y gloria que en el mundo hallarse podía. Y acabando de cantar, tratábase cosas conformes á tal conversacion. Parecíanos ver allí algunos caballeros tan atónitos en mirar aquellas damas, que no podíamos juzgar si eran ellos mismos vivos, ó sus retratos muertos. Yo estando así mirando aquellas damas y caballeros, sin saber por qué causa sentí en mí una nueva mudanza y soledad, de tal suerte que los ojos se me comenzaron á hinchar de lágrimas; y así pasamos adelante viendo siempre cosas nuevas y de gran gloria; y decíamos que bien conformaba á aquel castillo el nombre que tenía, según el descanso y gloria que allí había.

Andando así viendo las cosas de aquel castillo, aportamos á una cuadra muy mas hermosa que todas las otras que habíamos visto, en la cual hallamos á la muy hermosa y sin par Luciandra, que se andaba paseando por aquella cuadra, acompañada de muchas doncellas que laservian: estaba vestida con una ropa de terciopelo verde, toda sembrada de pedrería; tenía una hermosa corona sobre sus hermosos cabellos; y como ella fuese grande y tan hermosa, parecía tan bien y tan señora que gran gloria y contento se recibía en miralla; de suerte que ella sola bastara para que aquel castillo nombre de gloria tuviera, y así creo yo que por ella se le puso.

Cuando Felesindos la vido, hincándose de rodillas en el suelo, temblándole la habla y mudándosele la color, desta suerte á hablar le comenzó: « ¡Oh luz de los reinos de Trapisonda! Oh gloria y descanso del emperador y emperatriz dellos! Amparo de tus vasallos, y gloria y bien de tus deudos! Aquesta tu valerosa presencia, acompañada de la mejor y mas ilustrisima y buena condicion que se ha visto, ¿adónde la has tenido hasta agora escondida? Porque te hago saber, que después que dejaste aquella corte de tu padre, ninguna cosa de placer ni de gala, ni de lozania se halla en ella, porque las damas lloran, los caballeros sospiran, y tus padres mueren, y hasta los campos no dan yerba, ni los árboles florecen, ni las fuentes dan agua, sino que en todo hay mudanza. Siete años ha que tus vasallos te buscan, entre los cuales yo, como mas

En el cual se cuenta de los amores de Estrellinda, y de las cosas que en ellos pasaron, hasta la partida de Felesindos.

A todos dió gran pena la partida de Felesinda, sino fué á Estrellinda, por pensar que así podría su pena tener algún remedio; porque este tirano de amor es tan poderoso y mata de tal suerte, que no solo pone odio y gran enemistad entre los extraños, pero aun entre los muy cercanos deudos pone discordia. Y así, aquesta Estrellinda, vencida del amor, se holgó con la pérdida de su sobrina, por pensar que así podría gozar de Felesindos, el cual se quisiera luego partir; pero el rey impidió su partida por le parecer tan buen caballero y tenelle tan gran afición, porque sus obras y buena manera lo merecían, y rogóle mucho que no se partiese hasta algunos días, por ver si se podrían saber algunas nuevas de Felesinda; y Felesindos lo otorgó, porque aunque él tenía que hacer en otras partes, por ver al rey y á la reina tan desconsolados, parecióle ser bien mirado el quedarse allí algunos días, en los cuales siempre hablaba con Estrellinda. Y aunque la memoria de Luciandra no le dejase punto ni bora, no pudo dejar de no moverse á piedad de aquella doncella, la cual por muchas veces le había dado á entender el gran amor que le tenía; y así Felesindos mostraba querella, pero no de suerte que pensase ofender en ninguna cosa á Luciandra, ni menos á la gran amistad que con el rey su hermano tenía. Pero Estrellinda no se contentaba con esto, ni sus fuegos se mataban, porque el amor que á Felesindos tenía era tan grande, que de ninguna cosa destas se satisfacía. Y viendo que amallo ni servillo no le aprovechaba (porque la bondad de Felesindos era tanta que no consentía cosa ninguna contra lo que á buen caballero era obligado), convirtió su amor en gran odio, y comenzó de desamar á Felesindos y de procurarle todo mal, habiéndole rogado primero que se casase con ella, y que no curase de peregrinar por el mundo, ni de buscar reino ni honra ni riqueza, porque todas estas cosas las hallaría allí, siendo contento de tomalla por mujer. Pero no aprovechando ninguna cosa destas, comenzó de amar á Arminador de Candia, y mostralle gran favor, habiéndole muchas veces; y viniendo á crecer el amor, le pidió que de Felesindos la vengase por todas las maneras que pudiese, porque donde no, que jamás alcanzaría su amor, y que le prometía que si lo mataba se casaría con él. Arminador, como en extremo la amase, dijo que él haría su mandado; y así comenzó de buscar manera cómo pudiese dar la muerte á Felesindos.

Lo cual yo vine á saber por una camarera de Estrellinda, que todas estas cosas me contó, de las cuales avisé á Felesindos, y él se determinó de partir, así por esta causa como por la gran necesidad que tenía de hablar á aquel sabio de los montes de Naturaleza. Y con este pensamiento andando, acordó un día de hablar al rey, dándole cuenta de su propósito, y suplicando su alteza le diese licencia, el rey le quiso detener, y se le hizo de mal aquella su partida; pero viendo su determinacion, le dijo que hiciese lo que mandase, ofreciéndose con su reino y persona; y dándole Felesindos muchas gracias por aquella tan gran merced, le prometió que acabando aquella demanda en que andaba, de ir á los valles amorosos y librar á Felesinda, lo cual cumplió, porque así lo hizo de la manera que en la segunda parte desta historia se cuenta. A la reina pesó con aquella partida de Felesindos, y á todos aquellos caballeros y damas, porque de todos era muy querido y amado. Mas quiero que sepais, que Estrellinda, sabida la partida de Felesindos, tornó á renovar el viejo amor, y le dió gran pena el ver que se partía, y quedar ella sin esperanza de jamás vello; y así, cuando Felesindos se fué á despedir della, con muchas lágrimas le comenzó á decir: « ¡Oh duro y sin fe ninguna, Felesindos! Y ¿es posible que te baste el ánimo á partirme de mí, que tanto te

obligado, he andado cuasi todo el mundo, sin hasta agora te haber hallado ni sabido ninguna nueva cierta.

Diciendo todas estas y otras cosas Felesindos, Luciandra no respondía nada, ni hacía mas que mirallo, teniendo su señorial rostro sereno. En este tiempo comenzaron aquellas doncellas á cantar suavemente, y las puertas se cerraron, y nosotros nos hallamos fuera de aquella cuadra, de lo cual Felesindos quedó muy triste; pero como fuese tan buen caballero, esforzose y disimuló lo mejor que pudo, y diciéndole que no quería mas estar allí, nos salimos sin querer ver mas las cosas de aquel castillo, que eran muchas mas de las que habíamos visto. Porque dijo Felesindos que aquello era todo artificial, y que era menester llegar á la casa del Descanso, y trabajar de pasar el valle de la Pena y Trabajos; y que así quería que acabada la contienda de Felesinda nos partiésemos á Alejandria á hablar con quien nos enseñase adónde se podría hallar el sabio que vivía en los montes de Naturaleza, porque allí no habíamos sabido ningunas nuevas. Y con esto nos salimos al rey, que nos esperaba, y se espantaba cómo no salíamos; y venidos delante dél, Felesindos les contó las grandes cosas que habíamos visto, callando solamente lo de Luciandra, que no quiso decir nada. Luego entraron en el castillo muchos caballeros, y entre ellos Arminador y Belirifonte, y quedaron todos espantados de ver las maravillas de aquel castillo; y vieron entre aquella gran copia de damas andar á Felesinda; porque quiero que sepais que en aquel castillo ninguna dama estaba apartada sino era Luciandra, aunque había allí hijas de grandes principes y señores. Felesinda andaba muy alegre, y era la causa porque dentro de aquel castillo ninguna persona, por mas triste que fuese, podía dejar de ser alegre, sino yo, que aun allí no lo pueda ser, sino que viendo aquellas damas y caballeros, las lágrimas me vinieron á los ojos.

Acabado de haber andado mirando aquellos caballeros las cosas de aquel castillo, se salieron muy alegres por haber visto leda á Felesinda, pensando que por no se haber casado con Felesindos estaba así alegre; pero mal sabían la causa por que Felesinda estaba de la suerte que habíamos contado. La cual, luego que salieron aquellos caballeros, ella quiso entrar á ver las maravillas de aquel castillo; y así, tomando licencia de sus padres, lo puso por obra, y aquellas doncellas extranjeras la acompañaron con todos sus escuderos; y entrando en el castillo, y comenzando de ver las cosas dél, súptamente se levantó el castillo, oyéndose gran estruendo que decía: « quien quisiere ganar á Felesinda y habella por mujer, váyala á buscar á los valles amorosos. » Y con esto desapareció, quedando todos espantados, que mas de una gran hora no se podían hablar unos á otros, ni menos sabían qué se decir.

El rey sintió mucho aquella partida; pero como fuese tan estremado príncipe, lo disimuló; lo cual no hizo la reina, antes con grandes sospiros y llantos comenzó de llorar la pérdida de su hija, maldiciendo la venida de aquellas doncellas y la prueba del castillo. Felesindos quedó muy espantado, y consolaba á la reina lo mejor que podía, pero ningún consuelo bastaba, porque la reina Hécula no hizo mayor sentimiento por sus hijos cuando los vido todos muertos. A Belirifonte y á Arminador dió muy gran pena la pérdida de Felesinda; pero cómo pasó esta aventura y cómo se cobró Felesinda, se dirá muy largamente en aquella historia, que de Felesindos tratará; porque esta aventura y otras muchas fueron por él acabadas, como muy largo se contará, porque aquí desto no hay mas que decir, pues que esta historia no trata de aventuras de ninguno, sino de desventuras mias, y antes lo que cuento lo hago por la razon que atrás dije.

quiero, y á peregrinar por ajenas tierras, pudiendo hallar conmigo ciudades y castillos, reposo y descanso? Y ¿es posible que sabiendo tú cierto, que después de tu partida yo no podré vivir, que no te detenga esto y que quieras antes navegar por los mares bravos, y caminar por los estranjeros reinos, que sosegar y casarte conmigo? Y que estas lágrimas mías no te detengan, y la fe y palabra que me diste, la cual te pido y quiero que me cumplas? Porque bien se te acordará que me dijiste, que harías todo aquello que yo te pidiese. Pues pídotelo, por el amor que te tengo, y por cualquier servicio que de mí hayas recibido, y por la palabra que me diste, que tengas piedad de mí y que no te partas; porque cierto que como yo después de tu partida no pueda ver otro Felesindos, que mi muerte no podrá tardar, y mira la poca gloria que desto se te podrá seguir.»

A las cuales razones Felesindos respondió: «Las grandes mercedes y beneficios que de vos, señora Estrellinda, yo he recibido, jamás negaré; porque en cuanto el alma mia acompañare mi cuerpo, siempre de vos y dellas tendré memoria. Y pluguiera á Dios que yo pudiera quedar en esta tierra y servirlos; pero, por los dioses inmortales, que yo no puedo, porque los hados ordenaron traerme así desasosegado hasta llevarme, después de muchos trabajos, adonde tenga descanso. Y bien vistéis vos, señora, que yo no quise casar con vuestra sobrina, siendo tan rogado del rey vuestro hermano; y pues que hacer lo que, señora, mandais no está en mi mano, pídotos que perdais las quejas, y no os mostreis airada contra quien por agora no puede más.» Estrellinda, con el rostro saúdo y los ojos turbados, en ira encendida, le dijo: «Yo creo verdaderamente, que hombre tan sin piedad no puede ser nacido sino de algunos tigres de Hircania, ó criado entre algunos duros saxos; porque era imposible que si esto así no fuera, que estas mis lágrimas, que enternecerían á los mármolés, no ablandasen tu tan duro corazón, viendo lo mucho que te quiero y el amor con que te recibí. Ora pues, cruel, sigue tu camino, que yo espero que los piadosos dioses me den venganza de tí, y yo te prometo que muchas veces me nombres.» Y con esto blanca y descolorida se fué acompañada con sus doncellas, de lo cual yo no pude dejar de haber gran lastima, por acordarme de lo que había pasado con Clareo. Y quien quisiere saber en qué paró esta aventura, y los amores de Arminador con esta infanta, lea la historia de Felesindos, y allí lo hallará.

CAPITULO XXIX.

Que cuenta de lo que á Felesindos de Trapisonda aconteció después que partió de la ciudad de Damasco á la de Alejandria.

Partido Felesindos de Trapisonda, llamándose el caballero de las Esperas dudosas, para hablar con aquel sabio que pensaba hallar en aquella ciudad, tanto anduvo por sus jornadas sin le acontecer nada que de contar sea, que un día de mañana llegamos á Alejandria; que cuando yo vi aquella ciudad, gran copia de lágrimas me vinieron á los ojos, acordándoseme de las cosas que allí había pasado. Y siendo llegados, nos fuimos derechos á la casa de Ibrina, y abrazándose con ella hice gran llanto, diciendo: «oh Ibrina amiga, y cuán bueno me fuera haber tomado vuestro consejo! Pero si por no hacerlo tuve culpa, igual ha sido la pena, y porque ya, generosas y piadosas señoras, mis lágrimas os tendrán enfadadas, no quiero más contallas, deseando que ellas por sí no se diesen.»

Felesindos estuvo allí pocos días, porque luego se partió á unos solitarios valles que estaban cerca de la ciudad, adonde no hallando aquel sabio que buscaba, acordó de hacer su camino á la casa de la Fama. Y caminando así un día platicando en algunas cosas, vimos venir dos muy hermosas doncellas, la una vestida de terciopelo

morado con golpes sobre raso pardo, tomados con unas puntas de aljófar sobre seda amarilla; y la otra venía vestida de blanco con puntas de oro, y la ropa con unos golpes sobre un raso verde, toda la ropa con trenzas de plata. Llegando estas dos doncellas á nosotros, nos saludaron muy cortesmente, y aquella de blanco le dijo: «señor caballero de las Esperas, esta doncella y yo, aunque somos compañeras, traemos contraria demanda; para lo cual habeis de saber que la diosa Palas, cuya yo soy, y la diosa Venus, cuya es aquella doncella, las cuales después de la manzana de la discordia que Alejandro, pastor, juzgó á la diosa Venus, siempre á estas diosas fueron contrarias. Y así, habiendo pasado entrelas grandes cosas, aplazaron batalla entre las dos, siendo el dios Marte capitán de la diosa Palas, y el Amor de la gente de la diosa Venus. Y para esta batalla se han juntado muchas gentes, las unas en favor de una diosa, y las otras en favor de otra. Y pues que vos teneis parecer de tan buen caballero, os pido y ruego de parte de la diosa Palas, que vos os queráis hallar en aquella batalla; porque demás del galardón que aquella diosa os dará, es cosa esta en que todos los buenos caballeros se deben emplear por ganar honra y fama, que para siempre dura y nunca perece.» Acabando todas estas razones aquella doncella, la otra, que venía de parte de la diosa Venus, dijo lo mismo, todo en favor de su diosa. Felesindos les respondió que él iba para se hallar en aquella batalla, pero que aun no llevaba determinado de cuál de las partes había de ser. Y con esto, encomendándose á Dios, informándonos del camino, comenzamos á caminar derechos adonde aquella batalla había de ser, por ver una cosa tan señalada, en la cual se habían de hallar todos los mas caballeros del mundo, y había de hacerse en unos campos junto á la ciudad de Argos, que fué en Grecia.

Adonde siendo nosotros llegados, nos espantamos de ver la mucha gente que allí era llegada, y cuán bien acompañadas estaban aquellas dos diosas, así de damas como de caballeros y dioses; porque de la parte de la diosa Palas estaba el dios Marte y el dios Apolo, por la enemistad que tenía con el dios Amor, por la contienda que los dos habían tenido, cuando Apolo venía de matar la gran serpiente. Estaba allí el dios Neptuno, que era venido por ver aquella batalla, y deseaba todo mal á la diosa Palas por la discordia que había tenido con ella sobre quién daría nombre á la ciudad de Atenas. Estaba allí Mercurio y Júpiter, y el dios Pan, coronado de flores, todos por ver aquella batalla. Al tiempo que llegamos, estaban allí todos aquellos caballeros que eran allí, oyendo á la diosa Palas y á la diosa Venus, que cada una dellas les exhortaba y persuadía que siguiese su bando; y oímos á Palas, que decía: «no creo yo que hay ninguno aquí, ni menos en ninguna parte del mundo, que deje de conocer cuánto mas honra y fama se alcanza de abrazarse los hombres con la virtud, y seguir las armas y letras, que no de los vanos amores, de los cuales no se saca mas que hacerse los hombres mujeriegos y afeminados, hasta convertirse en flacas y débiles doncellas; porque ¿cuánto mas provecho se alcanza de vencer una batalla, conquistar un reino, ganar una ciudad, que no de andar en cosas, de las cuales no resultaba mas que perder el tiempo, gastar la hacienda, aventurar la vida, perder la honra, cobrar ruin fama? Y ¿cuánta mayor gloria se alcanza de saber una obra de un Platon, un Aristóteles, y de otras ciencias tan altas y tan suaves, que comparándose todo cuanto se ha escrito con ellas, no solamente queda en nada, pero aun la comparación no se sufre? Porque la tal doctrina alegra el ánimo, satisface el entendimiento, cobra el tiempo, gana el ánimo, y deja á los que la siguen perpetua fama y eterna gloria; que no de un Ovidio, un Tibulo, un Cátulo y otros, que aunque sus cosas sean dulces por defuera, de dentro son arañas confitadas, y tie-

nen secreta ponzoña y encubierto rejalar. ¿Cuánto mejor parece un caballero que sigue la virtud, armado con ella, de lo que el que anda engolfado en los vicios y vanidad de los amores, los cuales tan gran daño traen consigo? Por lo cual, muy nobles y valerosos caballeros que aquí estais juntos, os pido y con gran amor ruego, que mostréis vuestro ánimo en aquesta batalla, de manera que destruyamos á esta presunción de Venus, que conmigo quiere competir, y desterremos de toda la tierra este tan mal vicio, del cual mirad el bien y galardón que se saca, y no os engañen las palabras de Venus, como hicieron á París, considerando lo que Troya ganó del robo de Helena, ordenado por esta diosa mi enemiga; y mirad los daños que por seguilla á muchos han venido, y tomad en esto aviso y escarmiento; porque bienaventurados y dichosos son aquellos á los cuales el peligro ajeno hace que sean avisados. Y seguid las armas; porque, dejadas aparte todas estas razones que tengo dicho, ¿cuánto mas contento da, y cuánto mas es de personas de valor y de gran ánimo, andar metidos en arneses, en espadas, en lanzas, en caballos, en justas, en torneos, en azores, en cazas, en oír aquellas trompetas cuando se da batalla, en ver relucir aquellas hermosas armas, que no en andar con sortejicas, con ramicos, con rosas, con olores, con plumicas, con motetes y con otras mil niñerías, vistiéndose en hábitos de mujeres, y afeminándose, y sujetándose á cien cosas, todas ajenas de la razón? Y ¿esto todo por una mujer mudable, y que su hermosura no dura mas que la flor, y en poco tiempo queda mas marchita que la rosa cogida sin sazón?»

Acabadas las razones de Palas, Venus respondió: «porque las causas desta nuestra batalla, muy firmes y constantes amadores, á todos son notorias, y la gran enemistad que siempre ha habido entre mí y la diosa Palas, y entre Apolo y mi hijo, y entre la mar, donde yo soy nacida y esta diosa, no es menester gastar agora tiempo en contallas; solamente hay necesidad de responder á las razones que de la diosa Palas habréis oído. Decir Palas que los amores son vanos, y todos aquellos que los siguen, no sé adónde ella lo leyó ni adónde lo halló. Porque dejando tan grandes hombres que han seguido los arrayales del amor, su amigo Apolo, y compañero, y guayador de las nueve musas, no se tiene por vano, antes por sabio y dios de la poesia, é inventor de la medicina, y gran maestro de yerbas, y con todas estas cosas no dejó de penar por Dafne y tornarse pastor en los campos tesalios. No se tenía por vano Hipólito, ni Narciso, tan amados de Palas, y consagrados á los montes y á la castidad; pero no se libraron de amar, porque si el uno dellos no lo hizo, murió despedazado de sus propios caballos; pues todos los mas bien se sabe que, siendo sabios y avisados, no dejaron de seguir las batallas de amor. Cuanto á lo que dice que el amor torna los hombres mujeriegos y afeminados, antes es por el contrario; porque es verdad que entre las damas son mansos, humildes, galanes y muy corteses; pero no por tanto en las batallas dejan de ser valientes y esforzados. Porque el amor da esfuerzo, da lozanía, da gala, da aviso, da saber hablar, da policía, y sobre todo, muy buena crianza. Y así, en las cortes de los príncipes y grandes señores, al hombre que no es enamorado no lo tienen por sabio. Cuanto á lo que dice que los enamorados no saben letras, y que los que escribieron amores no son dinos de fama ni de gloria, porque gastaron su tiempo en aquellas amorosas vanidades; á esto respondo que se engaña, porque los enamorados son letrados y hombres, y Ovidio y los mas que ella alega fueron tan sabios y tan llenos de gracia y de erudición, que no tuvieron ninguna envidia á su Platon, ni á su Aristóteles, cuanto mas que esos y otros tan grandes sabios como ellos también supieron y saben de amores. Cuanto al galardón que dice que yo di

á París, yo se lo di muy mejor que no ella; porque le di la mas hermosa mujer del mundo; pero ella siendo contraria á los troyanos los destruyó, y esto solo de envidia; y catad, señores, que os aviso que os guardéis de los envidiosos, porque os destruirán y arruinarán del todo. A lo mas, con lo pasado está respondido: solamente resta responder á lo que dice que todo lo que los enamorados hacen, lo hacen por una mujer mudable; yo, ni mi hijo no nos contentamos con que las mujeres sean mudables, sino firmes y constantes, porque de la mudanza nacen muchos daños y grandes peligros; pero cuanto á lo mas, no hay cosa en el mundo de mayor precio ni de mayor valor que una mujer, cuando acierta á salir perfecta, como hay y ha habido muchas que lo son, por las cuales se hacen todas las cosas que en un buen cortesano se han de hallar, como tornear, justar, cazar, y andar en otros virtuosos ejercicios; y á la fin, por acabar, los que me quisieren seguir habrán por galardón y premio estas hermosas damas (y volviendo la cabeza mostró gran número de hermosísimas señoras); y los que siguieren á la diosa Palas habrán muchas heridas, muchas malas noches, muy gran derramamiento de su sangre, y aventurar á perder su vida.»

«Ninguna desas cosas falta á los que siguen al amor, dijo la diosa Palas; pero la diferencia es muy grande; porque de las heridas, que por mi respeto se recibieren, se sacará honra, bien y descanso, y de las otras todo lo contrario.» Acabadas las razones de estas diosas, á las cuales sus capitanes parece que habían dejado hablar, porque por ser mujeres persuadirían mejor, luego quisieron ordenar la batalla, diciendo que lo que se había de averiguar con las obras, no había necesidad de disputarse con palabras. Y dicho esto, cada una de aquellas diosas mandó alzar su bandera: la de Palas iba llena de águilas, y la de Venus de blancos cisnes; y así tocando las trompetas y añafles, movieron, y la mayor parte de la gente comenzó de seguir á la diosa Palas, y la que restaba á la diosa Venus; y Felesindos, por el juramento que había hecho (aunque contra su voluntad), se puso de la parte de Venus. Y habiendo muy buenos caballeros de una parte y de otra, se comenzó la batalla, en la cual la misma diosa Palas salió armada de todas sus armas, y lo mismo Apolo y Marte; pero el Amor con su madre se asentó entre aquellas hermosas damas á mirar la batalla, en la cual se herían muy bravamente unos á otros, y se derrocaban en tierra, andando muchos caballos sin dueño. De parte de la diosa Palas había muy valientes caballeros, principalmente unos nueve de unas armas aceitinadas coronadas con unas guirnaldas de oliva. Felesindos lo hacia como valiente caballero, hiriendo y matando cuantos delante de sí hallaba; pero no le aprovechaba nada, porque los de la diosa Palas lo hacían muy esforzadamente; y así, por mas que hacia Felesindos, los amadores iban de vencida, porque peleaban muy flacamente.

Estando pues la batalla en estos términos, aportó Aurismunda con todos sus caballeros, y echando aquellas vivas llamas que hemos contado, entraron en la batalla, y apellidando «Amor, Amor, Amor», comenzaron á herir en los de Palas tan valiente y esforzadamente, que gran tierra les hicieron perder; y así los del Amor se comenzaron á esforzar, principalmente con la ayuda de Felesindos, que era en aquella batalla todo lo mas, y tornó la batalla á renovarse, porque Apolo, echando rayos de sí, que parecía que abrasaba, peleaba muy esforzadamente, y lo mismo Marte; y así con todo, aunque la batalla andase dudosa, tenían ventaja los de Palas, y parecía que vencerían la batalla. Entraron en este término muchos caballeros, todos armados al hábito pastoril, y poniéndose de la parte del Amor ayudaron mucho con su venida; pero no aprovechaba nada, porque en este tiempo comenzó Apolo á tirar tantas saetas, que todos los de Venus iban de

venida. Lo cual viendo el Amor, y como ya era menester mostrar cuánto podía, tomó su arco y comenzó de tirar aquellas sus saetas de oro, de tal suerte que todos los de Palas comenzaron á desatinar y dar gritos, diciendo que se abrasaban. En esto comenzaron de sonar las trompetas fuertemente, y los caballeros de las armas leonadas comenzaron á echar vivas llamas; y así era la mas hermosa cosa del mundo ver aquella guerra, porque los gritos eran muchos, y el estruendo de las trompetas grande, y las llamas muy espesas y las saetas menudas; y desta manera andaba la batalla, la cual, venida la noche, se despartió, y cuasi toda la gente siguió al Amor, quejándose de aquellas heridas que con las saetas doradas habian recibido.

Pero el Amor, hallándose tan ufano con la pasada victoria, los llevó á todos á un gran palacio tan rico, que parecia serlo mas que el templo de Jove Amon, ni que la casa del Sol, ni pirámides de Egipto. Todas las casas estaban llenas por el suelo de blancas y coloradas rosas y de hermosas azucenas, y salieron á el encuentro muchas hermosas y lozanas damas, todas vestidas de brocado, entretrejidas por las ropas muchas historias. Venian cubiertas de unos velos de plata; salian otras con ropas encarnadas y azules, cortadas sobre tela de oro; venian delante destas damas muchos pajes, vestidos todos de raso colorado, que las acompañaban, las cuales saliendo á las puertas de aquel gran palacio, que todas eran de cendrada plata, con mucha crianza trabaron con sus blancas manos de aquellos caballeros; pero quiero que sepais que los caballeros de las armas leonadas desaparecieron, y que Felesindos no quiso allí detenerse, antes nos partimos luego á nuestra demanda. Y aquella noche dormimos en el campo, riberas de un manso arroyo, que por debajo de un sombrío arborado pasaba; y como estuviésemos cansados, nos comenzamos á dormir, y durmiendo yo soñaba que me hallaba debajo de unos altos álamos, riberas de un rio que (segun yo después supe) Henares se llamaba. Y estando así me pareció que veía nueve ninfas, todas vestidas de blanco, las cuales venian con los cabellos esparcidos, y me decian: «oh Isea, y cuán bien empleados son en tí aquestos trabajos en que andas, y cuán bueno te hubiera sido tomar el consejo que en algun tiempo te dimos, y haber sosegado tu ánimo y reposado tu espíritu, tomando por tu voluntad entonces el medio de la razon, antes que agora el remedio del tiempo!» Y diciéndome estas cosas, parece que me convertian en tórtola, diciendo: «tu vida será siempre como es la desta sin ventura ave, la cual viéndose viuda no posa en ramo verde, no bebe en aguas claras;» y parecíame después que me mudaban en aquellos árboles que dicen Júpiter haber mudado á las hermanas de Faeton, cuando lloraban riberas del rio Eridamo, las cuales están siempre allí vertiendo vivas lágrimas. Yo queriendo volver sobre mí, pensando ya ser convertida en árboles, desperté y quedé espantada; pero no me dió pena aquello, que era sueño; pues que otras cosas que no le son de harto mayor dolor ya no me la dan, y así sin decir nada á Felesindos, pasamos aquella noche hasta la mañana, que nos partimos.

CAPITULO XXX.

Cómo Felesindos llegó á la casa de la Fama, y de las cosas que en ella vió, y el gran contento que recibió Isea en ver allí la grande gloria y fama de aquel gran señor de Egipto.

Habiendo muchos dias que caminábamos, llegamos con pequeño trabajo á la casa de la Fama, la cual está en una region entre el aire y el cielo y el mar, y esta poderosa diosa vive en lo mas alto de un gran palacio, donde mira y ve todas las cosas que por el mundo pasan. Y este su rico palacio es hermosamente labrado: tiene á canto mas de diez mil puertas abiertas á todas horas, así de dia como de noche. En aquella casa jamás callan, sino siem-

pre hablan; pero esto no á voces, sino sosegadamente. Los moradores que allí viven, siempre andan, y nunca reposan: allí habia pocas verdades y gran lijereza en el creer. Escribíanse allí grandes historias, parte dellas tristes, y parte muy alegres, pero de gran gloria y inmortalidad. Entrando que entramos en aquella casa, no nos preguntaron qué buscábamos, ni nos dijeron que fuésemos bien venidos, sino solamente qué habia de nuevo; y nosotros respondiéndolo lo que nos pareció, pasamos adelante. Y entrando por aquellas salas, palacios, retretes y cuabras, hallábamos cosas de espanto, y oíamos todas las cosas que pasaban por el mundo, principalmente notables y de grandezas de príncipes y de señores, sin quedar ninguna cosa de todo el universo que allí no se dijese y se contase, ora fuese de mal, ora de bien, sin quedar ninguna historia que allí no se hallase. Pero á Felesindos no se le dando nada de aquellas cosas, andaba oyendo si podría oír algo de aquel sabio, que era lo que á él importaba, y yo por otra parte andaba solamente mirando pinturas de aquella casa. Y andando así me hallé en una gran sala, la cual estaba mas ricamente ornada, y de mayor riqueza que las otras todas que habia visto. Estaban dentro de aquella sala nueve doncellas muy ricamente vestidas, cantando muy dulcemente unas coplas, que á lo que pude entender decian:

Oh, tú sola, no dichosa
Te podrás siempre llamar!
Porque Argos valerosa
Y de oro codiciosa
Contigo puede cesar.
Y la que llevó el pastor,
Por el cual con gran dolor
La Troya siempre lloraba,
A ti no se comparaba,
Porque tú fuiste mejor.

Que si los mares supieran,
Dichosa nao, tu valor,
Humildes obedecieran,
Y los vientos no tuvieran
Para tí ningún furor.
Con verdad te juro yo
Que jamás no navegó
Mejor cosa por la mar;
Y mas te quiero jurar,
Que ninguna le igualó.

Cantemos todas aquí
Sus grandezas por mil modos
Con letra que diga así:
Que no nació para sí,
Pero nació para todos.
Con invencible victoria
Quedará siempre memoria
De quien con cara serena
En el mal no muestra pena,
En el bien tan poca gloria.

Igual otro no nos dan
Por mas que tú, Fama, andes;
Pues con penas, con afán
Es un mar adonde van
Rios pequeños y grandes.
Con él de todas naciones
Alegren sus corazones;
Por lo cual, Fama pariera,
En una sola bandera
Su vida tan solo pones.

Acabando de cantar aquellas hermosas doncellas, yo me llegué adonde cantaban, y hablándoles cortemente, comencé á oír lo que allí trataban, y entendí que cantaban la vida y grandezas de aquel gran señor de Egipto, en cuya casa yo habia estado, y de quien tantas y tan señaladas mercedes habia recibido, y holguéme en extremo de oír todas aquellas cosas, las cuales yo sabia y habia visto, y juzgué claramente que poco allí decian, ni en toda la tierra se podría decir para lo que en la verdad yo sabia, aunque todo se cantaba. Y todos los bienes y grandezas que en aquella casa se decian de todos los príncipes y grandes señores del mundo, no se le igualan; holgándome tanto como digo de ver todas aquellas cosas que allí pasaban, acordándoseme de aquella casa, y de la deuda en que era, hube gran soledad, y pesóme de me haber partido, no olvidándome jamás; porque así no merezca ser olvidado. No dejó de me dar pena la nueva que allí hallaba de los trabajos en que aquel gran señor estaba; pero parecíame claramente que los veía convertidos y mudados en descanso y reposo, lo cual plega á Dios que sea igual con su deseo, y con lo que merece. Era tanta la gloria y alegría que tenia en aquella sala, en la cual oía cosas que tan contenta me hacían, que jamás me quisiera partir de allí; pero por la palabra que habia dado á Felesindos, no lo pude hacer. El cual, entre tanto que yo estuve en aquella sala, habia andado por toda la casa; y sabido cómo aquel sabio estaba en el reino de Tesalia, y que allí lo podríamos hallar, acordó de partirse. Y con este propósito lo pusimos por obra, y comenzamos de caminar la vía de aquel reino de Tesalia, el cual, oyendo yo nombrar, y acordándoseme que cuando hice saltar á Florisea, me dijo que se llamaba Lacerna y que era de allí, no pude dejar de renovar alguna pena.

Caminando así muchos dias, entrando ya por aquel reino, un día que entrábamos por un gran campo, ya cerca de aquella casa que buscábamos, súptamente cercaron á Felesindos diez enemigos, ocho mujeres y dos hombres que el uno era el enemigo, y el otro un hombre muy ricamente vestido, y una mujer de las ocho muy hermosa en demasía, y la otra poco menos. Llegados todos estos, los tres principales comenzaron á rogar á Felesindos que dejase aquel camino, prometiéndole aquel hombre rico grandes riquezas, ciudades, villas y castillos, y el otro enemigo lo mismo, y aquella hermosa mujer muchos regalos y muchas damas y cosas muy deleitosas, y asimismo la otra que hermosa era. Felesindos muy espantado les dijo que le dejasen ir su camino, porque habia mucho tiempo que buscaba un sabio que en aquel reino vivia, y que habia pasado muchos trabajos para llegar allí, y que por tanto que no podia por ninguna cosa dejar de ir delante. Ellos tornaron con muchas razones á persuadirle que no hiciese el tal camino; y viendo aquellos malos enemigos que no lo queria hacer, lo comenzaron á combatir fuertemente; y, segun él después me contaba, jamás se vio en mayor afrenta, porque le parecia unas veces que lo despedazaban; otras, que lo metian en furia y cólera; otras, que lo ponian en gran deseo de guardar y juntar tesoros, sin hacer ningún bien con ellos; otras, que lo ponian en desear damas y mujeres de toda suerte; otras, en hacello afeminado y vicioso; otras, en roerse todo, y maldecir su ventura, y desear mal á los prósperos, y pesalle con sus bienes; otras, en desear de comer delicadas viandas, y en beber buenos vinos; otras, en buscar camas y lugares quietos y oscuros para siempre dormir; otras, en procurar vanas glorias, honras, estaldos, mandar, regir, gobernar. Así que, finalmente, todas estas cosas lo combatian; pero el buen caballero acompañado con su sufrimiento, y obligado con sus obras y con lo que esperaba ser, se defendió tan valerosamente, que aquellos bravos enemigos lo dejaron y se fueron, y adelante os dirán quién eran, y la razon por que nos salieron al camino.

CAPITULO XXXI.

Cómo Felesindos llegó á la casa del gran sabio, y de las grandes maravillas que en aquellos valles vió, y cómo á la fin acompañado con aquel sabio y con Isea bajó á los infiernos.

Cansado Felesindos de la batalla pasada, comenzamos á caminar por la falda de unos tan altos montes, que parecia que querian llegar al cielo. Y yendo así nuestro camino, era cosa de gran soledad ver aquellas altas sierras y aquellos sombríos valles, y como sonaban por allí las voces del eco, y los grandes aullidos de los ganados; y considerando todas estas cosas, aportamos á la casa de aquel gran sabio, la cual estaba metida entre altas sierras y montes. Al pié della estaban grandes valles y prados: la casa era grande y solitaria, y mostraba que quien en ella vivia la habia buscado para estar lejos de toda conversacion. De aquel sabio fuimos bien recibidos, y dijonos en llegando que él sabia la causa de nuestra venida, que descansásemos aquella noche, porque venida la mañana nos queria amostar las maravillas que en aquellos valles naturaleza habia producido. Nosotros, con le dar gracias, respondimos que seria como él lo mandase. Y así, siendo en aquella casa muy bien servidos, reposamos aquella noche, y venida la mañana Rusismundo nos llevó consigo por aquellos valles y sierras, y era cosa de maravillar y de loar á Dios ver las fuentes que allí se hallaban. Habia una fuente, que en la mañana era caliente, y al medio dia muy fria, y otra que ardía en llamas; habia un rio, que decian venir de las tierras de los Ciconios, que quien de su agua bebiese luego se mudaba en piedra; y otro que pasaba por la rica Lombardia, que quien se lavase los cabellos en él, luego los volvía mas rubios que las madejas de oro.

Habia allí otra fuente que quien bebia della, venida la escura noche, á la misma hora moria; otras fuentes habia que los que bebían dellas se tornaban y convertían en aves; otra que con la noche está caliente, y salido el sol fria; otra que unas veces mata riendo, y otras llorando.

Habiendo visto todas estas cosas, nos volvimos á casa: donde llegados, después de pasar algunos dias, una tarde habló Rusismundo á Felesindos, y le dijo: «yo sé bien, buen caballero, á lo que venis á esta casa, y los trabajos que por haber aquí llegado habeis pasado, y los que teneis por pasar, y la gloria y descanso que os espera; para lo cual es menester, si quereis probar esta aventura, y saber de cuánta importancia es el llegar á la casa del Descanso, que os esforceis á bajar á los infiernos, adonde yo os acompañaré, y tornaré acá al mundo; porque bajar al infierno, todos pueden, mas volver pocos ó ninguno, sino son aquellos que de sangre real fueren, y por esta causa fué lícito á Eneas, nieto del dios Júpiter, y á Teseo y á Hércules, todos de sangre de dioses. Y por la misma razon será á vos, si para ello teneis esfuerzo, porque el camino es muy áspero, y las cosas de Pluton muy negras, tristes y dolorosas, y es menester grande y valeroso ánimo á quien quisiere hacer esta jornada, el cual no podrá faltar en vos, siendo deudo de aquel gran señor de Egipto, que tan derechamente viene de sangre real. Y dado caso que para tan gran jornada fuera menester que fuédes coronado con aquellos ramos de oro, que la Sibila dió á Eneas, y de aquellos dichosos olivos; con todo, nuestro esfuerzo es tan grande que suplirá por todo, pues todo lo natural á la fin tiene mas fuerza que lo artificial, que es violento y forzado»; y con esto cesó.

Felesindos en pocas palabras animosamente respondió, que á él convenia ordenar, y á él obedecer, y por tanto, que él hiciese su oficio, porque él haria todo lo que en su mano fuese. Yo, habiendo oído todas estas cosas, quedé muy triste y descontenta, porque quisiera ir en compañía de Felesindos, por lo mucho que lo queria; pero como fuese extranjera y no se supiese quién era, ni mi nombre, ni linaje ni apellido, no sabia qué hacerme; mas aquel sabio me dijo, que yo podia ir segura en compañía de Felesindos, y que en el infierno hallaria remedio, si lo quisiese tomar, y volver después con ellos. Con este acuerdo comenzamos de hacer nuestro camino, bajando por unas tristes y oscuras cuevas, y aquel sabio iba delante de nosotros, cantando dolorosamente: «oh dioses que regis las almas y caminos infernales! no impidais este camino, porque los hados buenos y voluntad de Dios es que se haga»; y con esto, sin saber cómo, ni de qué manera nos hallamos riberas de un rio que del Olvido se llamaba, porque quien bebia de aquellas aguas, luego se olvidaba de todas las cosas pasadas, sin de ninguna tener memoria. Y siendo así llegados, aquel gran sabio dijo que allí estaba nuestro remedio, si lo queríamos tomar; porque si Felesindos se quejaba de la pérdida de Luciana y de las otras cosas que le daban trabajo, que bebiendo de aquellas aguas se olvidaria de todo lo pasado, y ninguna cosa le daria pena, y de la misma manera aconteceria á mí, que olvidando me quedaria sin ninguna. Yo, viendo el gran bien que de aquello se me seguía, porque en las cosas sin esperanza y sin ningún remedio, el olvidallas es la propia medicina, quise beber de aquellas aguas leteas; pero por otra parte, pareciéndome que si dellas bebia, que me habia de olvidar de las grandes mercedes y beneficios recibidos de aquel gran señor de Egipto, no lo quise hacer, teniendo (como tengo) por mejor padecer trabajos con acordarme siempre del y con ser agradecida, que no tener bien siendo ingrata y desconocida; y con esto no quise beber de aquellas aguas; y lo mismo hizo Felesindos, queriendo antes ver la fin de aquella demanda con pasar los trabajos que lo esperaban, que no olvidalla con temor de no sufrillos. Oídas estas co-

sas por aquel gran sabio, nos dijo que, pues que así era, que nos esforzásemos, pues habíamos de ver cosas de grande espanto y temor.

Y así caminando, nos parecía entrar por las casas del dios Pluton; y en la primera entrada del palacio infernal topó al triste y doloroso llanto, acompañado con grandes quejas y suspiros de hambre y muchas enfermedades y otras desventuras, que allí hora ni punto faltaban. Parecíanos ver mas adelante un hombre con tres cuerpos, que Gerion dijo el sabio llamarse, y otro con cien manos, que Briareo tenía por nombre, y la serpiente Hydra espantosa, y con vivas llamas y fuego armada, y Medusa con sus hermanas, y las negras arpias juntamente con ellas. Lo que Felesindos sintió de ver estas cosas, yo no lo sé; pero cuanto á mí, los cabellos se me erizaron, y las carnes todas me comenzaron á temblar. Pasando mas adelante, vimos aquel triste barquero Aqueron, que remaba por aquellas tristes y negras aguas del rio Flegeton: era este barquero sucio y mal compuesto, tenía la barba blanca y mal ordenada, salíanle vivas llamas de los ojos, y gobernaba una negra barca, en la cual pasaba de la otra parte las tristes almas de damas, caballeros y heroicas personas. Y á nosotros fué necesario pasar también por orden de nuestro guía, que en su gran saber nos guiaba, y luego llegamos á las grandes puertas infernales, de las cuales era portero aquel gran can Cerbero, que tres cabezas tenía de otros muy espantables perros; el cual comenzó de ladrar tan terriblemente, que pensé que nos tragaba; pero nuestro sabio, diciendo ciertas palabras, pasó adelante.

Y entrando por el infierno, hallamos á un hombre tendido, y un buitre sobre él que le comía continuamente las entrañas; vimos á otro que, cuando quería comer unas hermosas manzanas que se le llegaban á la boca, el árbol se le alzaba, y cuando quería beber, las aguas le huían. Andando mas adelante por aquellas dolorosas calles, topamos un hombre que subía una gran cuesta con un gran peñasco sobre sus espaldas, y cuando quería llegar á la cumbre se le caía, y así tornaba de principio; y vimos á otro que siempre andaba en carnes vivas, voltando sobre una rueda de navajas; vimos noventa y nueve doncellas que trabajaban de hinchar de agua un pozo sin suelo; vimos á las tres furias infernales, y oímos tan grandes y dolorosos gritos en aquella casa de Pluton, que allí no se acordaba Clareo, ni Florisea, ni ninguna cosa de vanidad; antes decía conmigo misma: «¡ay de mí triste, si he de venir yo á tan triste lugar, pues he gastado tan mal mi tiempo, teniendo muerta y enterrada mi alma, pues anda metida en el cuerpo, que no es otra cosa que una poca de dura y amarga tierra, que me come y roe mi alma, andando acompañado de tantos gusanos, que son mis vicios, mis soberbias, mis lujurias, mis vanidades, mis mentiras, mi poco temor de Dios, ni deste tan amargo y doloroso lugar, sin me quedar, ni hallarse en mí mas que el arrepentimiento, con el cual plega á Dios que las obras conformen, porque siendo el arrepentimiento bueno, las obras lo sean también.» Acabando de decir todas estas cosas vimos al gran Pluton y aquellos tres jueces que mandaban atormentar á los dañados; y habiendo acabado de ver estas cosas, nos hallamos en unos suaves y deleitosos campos, adonde los bienaventurados andaban alegres y contentos, porque allí los rayos del sol estaban claros, propios y verdaderos, sin jamás mudarse ni esconderse un solo punto; allí las estrellas eran propias; allí había hermosos prados; allí cantaban muy mas dulce y suavemente de lo que cantó Orfeo en los reinos de Tracia, siendo todos los instrumentos de oro y marfil; allí todas las cosas daban gloria y descanso y convidaban á ella. Andábanse por allí paseando muchos bienaventurados que habían gastado su tiempo mas virtuosamente que no yo. Todas las cosas, finalmente, eran allí de tanta gloria y descanso,

que todos los trabajos que por aportar allí se pasan, no son ni se pueden decir ningunos; y así decía yo conmigo: «¡oh tú, solo gobernador y hacedor del gran Olimpo, que formaste é hiciste el mundo y los cielos y todas las cosas! Ten por bien que yo merezca venir á la verdadera gloria y descanso; y aunque yo como flaca y olvidada de la razón no quiera llegarme á tí, quiere tú, señor, pues aunque yo por mi flaqueza no pueda ser buena, tú puedes hacer que yo lo sea, renovando mi corazón y trayéndome á camino de virtud y de verdad.»

Acabando de decir estas cosas, súpitamente nos hallamos caminando por una tenebrosa montaña, que era por unos oscuros y nublosos valles abajo, todos poblados de venenosos árboles, que todo animal que los gusta luego muere; donde no habita ni se oye cosa viva, porque aun las ánimas que por allí caminan no les es lícito hablar. Porque quiero que sepáis que aqueste era el camino del infierno, por donde volvíamos; que aquel sabio no nos quiso traer por él con temer no muriésemos de temor. Y como ya hubiésemos visto otras cosas, volvimos por allí y súpitamente nos hallamos en la casa de aquel sabio, en la cual, habiendo descansado algunos días del gran trabajo pasado, un día pareciéndole al sabio que era ya tiempo, tomó aparte á Felesindos, y le dijo: «ya habéis visto, señor Felesindos de Trapisonada, todas las cosas pasadas, por las cuales quiero que entendáis de cuán gran importancia es el llegar á la casa del Descanso, y cobrar á Lucíandra, porque quien no la cobrará, aportará á aquellas moradas del gran Pluton, y quien fuere tan esforzado que llegue á ella, irá en aquellos campos Eliseos, que señalan aquella soberana gloria que Dios á los buenos tiene prometida. Pero para alcanzalla no es menester tener amistad en el mundo, ni con la carne, ni con el enemigo mortal, ni con sus compañeros, que son aquellos que os saltearon á la entrada destas mis moradas, por impedir vuestro camino, y porque siguiédeses su bandera, y así lo harán muchas veces; pero vos, como buen caballero que sois, os defendereis dellos y de sus cosas, porque son perecederas, y que os llevarán en aquellas tristes moradas que vistes. Y por agora no tengo mas que deciros, sino que cumple que, pues ya sabéis el camino, os partáis luego y sin ninguna compañía, porque así es menester;» y con esto acabó. Felesindos, dándole infinitas gracias por los beneficios que dél había recibido, se informó mejor; y así se partió; y viendo yo que no había de ir en su compañía, comencé á hacer gran llanto y me abracé con él. Pero á la fin, entendiendo que no podía menos ser, me quedé, no espantándome que la fortuna hiciese mudanzas conmigo, pues tan usada era á ellas, y con esto yo me partí de allí con intención de irme á alguna ciudad y meterme monja, por acabar mi vida sirviendo á Dios, porque tenía tan gran temor de las cosas que había visto en los infiernos, que en otra cosa no pensaba; y así comencé de caminar acia el fin de Europa, porque allí quería descansar.

CAPITULO POSTRERO.

Cómo Isea llegó á una ciudad de España á un monesterio de monjas, y cómo no queriéndola allí recibir por monja, se embarcó y aportó á la ínsula Pastoril, adonde le pareció escribir esta su obra.

Partido Felesindos, y habiendo tomado dél recaudo para mi camino, porque, según yo ya andaba pobre, todo me faltaba, comencé de caminar sospirando siempre por Felesindos y por su compañía, olvidando lo mas que podía á Clareo; y cuanto á la razón, ninguna memoria debía tener dél; pero el amor no lo consentía. Y así habiendo caminado mas de un año, aporté en una ciudad de España, adonde ya pobre y cansada me fui derecha á un monesterio de monjas, porque había allí muchos; y llegando dije que quería hablar con la abadesa; y como me vieron tan pobre, dijeron que qué le quería, y yo respondí que hablar una cosa que me importaba. «Mejor fuera que le importaria

á ella, respondió la portera; pero con todo, tornad aquí mañana,» y así lo hice. Y entrando, hallé á la abadesa muy bien adrezada y cercada de muchas monjas, muy bien vestidas, que todas estaban labrando con sus almohadillas de raso y sus guantes cortados; y esto con tanta reputacion, que las damas en los saraos no tienen mas. Yo, viéndola así, hice mi cortesía, y en pocas palabras dije mi intención; y la abadesa me respondió que yo fuese bien venida; pero que cuanto á entrar en aquella casa, que era menester traer mil ducados de dote, y ser de don y de buen linaje; porque todas aquellas señoras lo eran: que una se llamaba doña Elvira de Guzmán, y otra doña Francisca Pimentel, y otra doña Juana de Monpalau; y otra doña Teresa de Ayala, y otra doña María Manrique, y otra doña Marina Imperial, y otra doña Ambrosia de Chaves, y otra doña Isabel de Silva, y otra doña Antonia del Aguila, y otra doña Ana de Caravajal, linaje de mucho precio y valor. Y diciendo esto la abadesa, respondió una monja, y dijo: «otras habrá de tanto,» y sobre esto repitió otra y otra; y vinieron cuasi á darse unas á otras de chapinazos; y yo viendo aquella quistion, y que no tenía dineros para entrar allí, ni menos se podía saber quién era, acordé de dejar á las monjas en sus quistiones y de partirme, sospirando y acordándome de aquel gran señor de Egipto, y cuán pocos había en el mundo que se le igualasen. Y comencé á llorar y á arrepentirme por haber dejado aquella su casa, en la cual tanto bien dél había recibido, y tenía gran deseo de saber dél y de sus cosas, deseando que tuviesen tan buen suceso cuanto sus obras merecían; deseaba de saber de aquellas cosas que bien quería, cuya bondad y grandeza era tanta, que bien mostraban ser amadas de tal persona, y ciertamente que si su reposo y sosiego iguala con su bondad, que sea grande, como plega á Dios que siempre lo tengan; que cuanto á deseallo yo siempre y á celebrar sus bondades y valor, soy cierta que lo haré en cuanto mi cuerpo acompañare mi alma. Porque, aunque la fortuna me traiga de un trabajo en otro, lejos de mi patria y de otras cosas, no tornará mudable mi voluntad, figurándome que no solamente en vida, pero en muerte, con la lengua fria en la boca y con los ojos quebrados, soy obligada á servir y querer aquel gran señor de Egipto y á aquellas sus dulces y muy queridas cosas.

Tornando pues á la historia, yo me proveí en aquella ciudad lo mejor que pude, y acordé de embarcarme y tornar á probar mi ventura. Y habiendo navegado muchos días, sin haberme acontecido cosa que de contar sea, aporté una mañana á una tierra que la ínsula Pastoril tenía por nombre, porque era toda poblada de pastores que al dios Pan solamente celebraban. Y entrando por aquella tierra, cansada de la mar, aporté á unos valles sombríos, á los cuales unas altas sierras cercaban, y dellas claras aguas corrían, y los valles eran todos llenos de altos árboles, debajo de los cuales pasaban unos mansos arroyos y había muchas fuentes que de verdes y floridas ramas estaban cubiertas y de blancas pedruzuelas ornadas. Había por aquellos valles muchos pastores, que teniendo sus flautas rodeaban sus ganados, sin de otra cosa ninguna tener cuidado, mas que de levantarse cuando el sol salía, y guardar sus ovejas, y pasar el día en honestos ejercicios; y, venida la noche, haciendo grandes fuegos estarse á ellos, comiendo de aquellos sus pastoriles manjares, y después recogerse en sus cabañas, sin de cosa ninguna tener cuidado, ni pena, ni desasosiego, durmiendo á placer sin tener cuenta con las cortes de los altos principes y poderosos señores, ni de sus mudables favores, abrazados solamente con aquella deleitosa y suave soledad, estando cantando debajo de altos pinos ó de algún gran roble, no les dando pena la hambre grande, que los que sirven á los señores de privar tienen, ni menos trabajo, las galas de la agraciada y superba dama, ni las mudanzas que en sus favores suele haber. No les quitaba el sueño si los naos cargadas

de mercadería, veniendo del Cairo ó de Alejandria, se podrían perder, ni si los bancos gruesos y de gran crédito, quebrarian, y en un hora perderían todo aquello que en muchos años habían ganado. No temían que los principes los arruinasen, ni de todo destruyesen; no les daba pena sufrir aquellos, á quien los oficios hace malos y contrarios á toda virtud; no les daba cuidado el conquistar reinos, adquirir ciudades, vencer batallas, desear señoríos, querer mandar, buscar las Indias, servir al mundo, perder la vida, destruir el alma, cosa mas de sentir y mas dura de ser llorada. Estábanse allí viendo cómo salía el claro y rojo Apolo, y cómo se ponía, y llegado en poniente mostraba Diana su hermosa y agraciada cara, y cómo se descubren las lindas estrellas, y alegrándose cuando viene el verano vestido con capa de mil colores y coronado de diversas y varias flores.

La cual vida, como yo viesse y considerase cuán buena y verdadera era, con razón comencé á decir: «¡oh bienaventurados y venturosos pastores, á los cuales cupo por suerte tan venturosa y sosegada vida; y cómo, no una vez, pero ciento os podeis llamar dichosos y bienaventurados, pues tan dulce y sosegadamente en estos valles vivís, ajenos y apartados de todas las cosas que tan gran pesar y trabajo á todos los que las buscan dan! Oh cuán dulces y mas sobrosas os son aquí á vosotros las claras y naturales aguas de lo que son los artificiales y escogidos vinos á los principes y grandes señores! Oh cuán de mejor sabor es aquí la fresca y blanca leche de lo que por las ciudades son los pavos, perdices y faisanes! Oh y cuán mas suave olor os es este, que destas flores nace, que no aquel que el ámbar de Oriente, ni almizquer de Levante causar suele! Oh y cuán mas dulce y alegremente canta aquí un pájaro de su natural, que no aquel que con grande trabajo en las cortes y grandes ciudades es enseñado! Oh cuán mayor contento recibís aquí vosotros, metidos en la pastoril cabaña, de lo que reciben aquellos, cuyas moradas están fabricadas sobre altas columnas, cubiertas todas de oro y entretalladas de blanco marfil, y de diversas historias todas acompañadas! Oh y cuán mas contenta vive aquí una serrana ó pastora, vestida descuidadamente con paños de gruesa lana ó de lino hilados con sus propias manos, y con sus cabellos revueltos, y su blanco pie descalzo, y el grosero huso en la mano, cantando por estos campos, de lo que vive la honesta y recogida doncella, á la cual sobran los paños de seda y las joyas de oro, las piedras y perlas que no tienen precio, pero falta el contento, que de todo es lo mejor y mas principal y de mayor estima!»

Habiendo pasado mas adelante de aquellos valles, aporté á un hermoso y deleitoso prado, ornado de gran copia de flores, entre las cuales estaba mezclada una ordenada compañía de árboles y de plantas; los árboles eran espesos, y las hojas y ramas, las cuales alcanzándose unas á otras hacían una hermosa sombra y cobertura á las flores; hallábanse allí muchos lirios y rosas y mirtos, debajo de los cuales el agua corría. Yo, viendo tan deleitoso lugar, acordé de quedarme allí, haciendo otro prado de mis trabajos, siendo los árboles mis grandes suspiros, y los arroyos las lágrimas que de mis ojos salen, y las rosas mis penas, y las flores mis cuidados, y las sombras mis tristezas, y las yerbas mis enojos. Acompañada de las cuales cosas, confieso que vivo de la suerte que juzgarse puede, ablandando con mis lágrimas las duras peñas destes prados y valles, adonde estaré hasta que mi ventura quisiere, y adonde me pareció escribir esta mi obra, contando las cosas que tengo dicho, en la cual no uso mas estilo de aquel que mi desventurado y triste hado me enseñó, teniendo mayor necesidad, en esta vida que paso, de sosiego que de fama ni de loor, engañando mis trabajos con lo que escribo, como hace la doncella las largas noches con la tarea, viviendo aquí sin ser usada á estos cielos, ni á las aguas, ni manjares destas tierras; sin tener persona ninguna á quien pueda